

La última noche

Élbur Cásalov montó su zaino, como todos los días desde que había recibido el espaldarazo, en medio del campo de batalla, a manos del mítico Caballero Púrpura.

Élbur Cásalov era entonces escudero y se preparaba con ansias para llegar algún día a enfrentar su vela de armas y ser luego armado caballero por el rey de la zona. Pero sólo como en muy contadas ocasiones ocurría, el espaldarazo tuvo lugar en el mismo campo de batalla, donde el escudero Élbur acababa de demostrar semejante valor y entrega, que eran dignos ya, de quien calzase las espuelas doradas en sus talones.

El Caballero Púrpura, que lo había acompañado durante años en su entrenamiento, herido ahora de muerte se puso en pie, tomó la pesada espada de doble filo en forma de cruz y elevó al cielo aquellas solemnes palabras: *"...En nombre de Dios, San Miguel y San Jorge, os armo Caballero; sé valiente, leal y generoso..."*

Desde entonces y hasta el día de hoy, Élbur Cásalov acostumbraba montar su negro corcel ni bien despuntaban los primeros albores y recorrer patrullando todos los senderos de su condado. Al verlo pasar, los vecinos sentían la seguridad de su presencia; las señoras llamaban a sus críos para que saludasen al valiente caballero, albergando la íntima esperanza de que alguno de ellos se convirtiese en paje de aquél para formarse como escudero y luego tal vez llegar a ser algún día caballero; las jovencitas fantaseaban historias donde ellas eran la princesa cautiva de algún malvado dragón, y el espléndido muchacho aparecía empuñando su brillante espada para rescatarlas...

También había gente que le temía o lo aborrecía, personas oscuras o confundidas para las que el honorable caballero resultaba una tremenda molestia...

Este día, Élbur Cásalov galopaba en sincronía perfecta con el viento, recorriendo las incontables millas del camino central, que cruzaba recto desde la orilla lacustre del mayor espejo de agua del país, hasta el extremo noreste, donde se levantaban los muros del antiguo castillo. Pero dos o tres leguas antes de llegar, cuando febo casi se ocultaba detrás de la pradera boscosa, una emboscada de delincuentes y tramposos esperaba ansiosa el arribo del caballero.

Justo después de un sector techado de hojas bajas que obligaban a bajar el cuerpo para no ser derribado por las ramas, más de una veintena de hombres hasta entonces ocultos, iniciaron una agresión desde lejos con flechas hiriendo al noble zaino, que no pudo mantenerse mucho en pie. Cuando Élbur comenzaba a asir la espada para defenderse, ya tenía encima una horda de malhechores, con cuchillos y cadenas. Tomó a dos por los tobillos y los arrojó contra un tercero que se abalanzaba armado de un puñal. Le atacaban también con flechas, piedras, otras espadas; intentaban amarrarlo con cadenas que parecían

colgar de todas partes. El combate era feroz. Élbur Cásalov había ya derribado a más de diez. Aunque la fatiga rondaba su musculatura, meses y meses de entrenamiento constante para estar preparado en todo momento, ahuyentaban cualquier atisbo de dolor. Los pastos y el mismo lecho del sendero campestre iban tiñéndose de sangre.

Entre trompadas y llaves de defensa, escurriéndose por sobre aquel griterío de insultos y voces guturales, Élbur oyó la desesperada suplica de una jovencita. Arrasó a los oponentes que se blandían en aquella dirección y llegó a ver otra de las tretas que aquella bandada de malvados había preparado por si fallaban en su intento.

En menos de un segundo, el caballero observó cómo un horrible hombrecillo, sabiéndose observado, se movía con velocidad para cortar el cuello de la niña. Dentro de ese mismo segundo, Élbur evaluó también la situación a su alrededor, y los dos brazos que se acercaban a su armadura cargando espada y cadenas. Sin que transcurriese aún el instante aquél, el caballero llegó a la conclusión de que le quedaban movimientos para hacer una sola cosa: o bien lanzar el hacha contra el atacante de la joven, o bien esquivar las cadenas y desviar el filo de la espada que buscaba perforar su cuerpo.

Recordó entonces -como siempre lo había hecho- el Código de los Caballeros, que en su último artículo rezaba: *"Más vale morir con honor, que vivir con vergüenza"* y tomando el hacha con destreza, en el último trozo de aquél valioso segundo, lanzóla exacta acabando con el agresor de la niña...

Era ya de noche cuando concluía ese instante. La espada cortaba a Élbur y las cadenas le enroscaban con dureza una de las brillantes botas. El zaino desde el suelo se entendía con él en la mirada. Élbur Cásalov sonrió; pudo ver cómo la jovencita corría a salvo y alcanzó su fuerza para derribar a los últimos malvados que quedaban allí, ya que varios se habían dispersado temerosos durante el combate.

Las estrellas se palpaban más brillantes. Un aroma a hierba fresca acariciaba el rostro del caballero, que ya disfrutaba sus últimos minutos, sin la gola ni el casco, recostado sobre su corcel. Ambos allí, a dos o tres leguas del castillo. Feliz, porque sabía que había dado todo de sí en aquel día y en tantos otros de su vida, y tenía la esperanza viva de que otros caballeros oyeran algún día su historia y la seguridad de que ellos seguirían blandiendo sus espadas en defensa del bien sobre la Tierra.

Autor: Elefante Sincero

Unidad: Comunidad de Scouts Adultos Padre Alfredo Leaden

Fecha: 6-may-06

La presente publicación no tiene fines comerciales.-